

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 2 de Septiembre de 1922.

Número 33.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres; 5 año.—Provincias: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero: 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales: 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

ADVERTENCIA

Aunque todavía no he puesto en Correos el número anterior por no tener la seguridad de que llegue a su destino, procedo a la tirada de éste, que circulará un par de días después que el anterior.

De jueves á jueves

El general Burguete ha venido á Madrid porque le duele el estómago. Conviene dejar ésto bien sentado para lección de los genios suspicaces que no creen nunca en las dolencias de los hombres públicos. Tiene gracia que si nos dice un cualquiera que le duele algo lo creamos sin ningún inconveniente, mientras que á un hombre serio y honorable no hemos de creérselo aunque nos muestre las tripas saliéndosele por la boca.

Al general Burguete le duele el estómago, y para su estómago son estas primeras líneas mías. Me figuro las amargas reflexiones que habrá inspirado al general ver que los periódicos recogen, interpretan y comentan sus actos más insignificantes y apenas tienen dos renglones para su dolencia, que á él, con su psicología de enfermo, le parecerá la cosa más importante. En realidad, es un poco estúpido suponer que es motivo suficiente para venir de Africa á Madrid una pequeña diferencia de criterio con el señor Sánchez Guerra, y no lo es una amenaza de úlcera en el estómago.

Quiero subsanar en cuanto esté de mi parte esta descortesía y esta in-

comprensión de los periódicos. Creo en el dolor de estómago del general Burguete, y le concedo el papel importantísimo que tiene en este transcendental viaje. Y me complace en añadir:

—Que no sea nada, general.

Pero no es eso sólo lo que trae en el estómago el general. Trae también, y sentado en la boca precisamente, al señor Cierva. Esto va á facilitar mucho la solución; siempre es bueno que haya caciques murcianos á quienes echar la culpa. Es una gran salida que para el general Burguete todo sean manejos de Cierva, que pide al Gobierno como premio de su benevolencia la sustitución del Alto Comisario, á quien no perdona que le estropease su juego de tira y afloja con las Juntas de Defensa.

En esto parece que ha de quedar el viaje: en que la presencia del general ha desvanecido unas intriguillas políticas, y en que el Alto Comisario y Gobierno están á partir un piñón, ó un peñón.

Como se trata de salvar á la Patria, adoptemos cada uno nuestro papel. Ya se sabe que eso de salvar á la Patria suele exigir que unos pocos se pasen de listos y los demás nos pasemos de tontos.

¡Pero si fuera uno á querer ver claro...!

¿Cómo se las habrá arreglado ese picaro de Cierva para suscitar y mantener equívocos entre Sánchez Guerra y Burguete? ¿Era acaso intermediario entre ellos?

¿Cómo fué que Sánchez Guerra condenó, por el acreditado sistema de tildarla de apócrifa, la proclama en que Burguete hablaba de ir á Alhucemas y de rescatar á los cautivos por las buenas ó por las malas?

¿Qué significaban aquellas informaciones de tinte oficioso en que el Presidente expresaba sus sospechas de que el general Burguete no fuese el hombre para el cargo?

¿No es para sorprender que haya coincidido el regreso del monarca con la llegada del general Burguete?

No me gusta andar con pronósticos ni adivinaciones. Temo siempre que la Providencia, como no me mira con buenos ojos, cambie el programa del Universo por darse el gusto de dejarme en ridículo.

Pero si me obligaran á hablar, diría

que me parece que el pleito estaba algo embrollado y ha dado miedo afrontarlo de veras. El propósito de destituir otro Alto Comisario era mucho para un gobierno, y «se ha impuesto la cordura á todos» según la frase sacramental. Es muy posible que Sánchez Guerra haya visto que tampoco es tan fácil acabar con un Alto Comisario que tiene bien atadas sus amarras, como lo fué acabar con un Alto Comisario á la deriva. También puede haber adquirido el convencimiento de que toda idea de Comisario civil es una vana ilusión y de que no merece la pena de andar cambiando, pues cualquiera otro de los comisarios posibles haría lo que el general Burguete, que llegó, vió é hizo *literatura bélica*, como el general Barrera ha dicho. ¿En qué consistirá que á todos los caudillos, cualquiera que sea el plan que concertaran con el Gobierno, les entran unas ganas irresistibles de ir á Alhucemas? Pensando en como se nombran, en qué hechura tienen los Altos Comisarios y los Comandantes generales que á las veces se sobreponen á los Altos Comisarios, habrá que pensar en que este vicio de ir á Alhucemas es lo que pudíamos llamar un vicio de origen.

Tengo que dar una lección de patriotismo y no se me puede en el cuerpo. Ha sido pretexto para todas las censuras que en estos últimos tiempos se han impuesto á la Prensa, la necesidad de que los periódicos no lleven á Marruecos noticias de que se aprovechan los moros. Los gobernantes más seducidos han hecho contra las indicaciones periodísticas toda clase de aspavientos. ¡Nada de movimiento de fuerzas! ¡Nada de campaña abandonista! ¡Nada de enterar á los moros por medio de la Prensa de que en Annual fuimos nosotros y no ellos los descalabrados!

Bueno; pues ahora un subsecretario del ministerio de la Guerra sale llamando, con el tono que es de suponer, *literatura bélica* á las proclamas en que el Alto Comisario habla de ir á Alhucemas y de rescatar á los cautivos; y luego el propio Alto Comisario y el jefe del Gobierno se llenan la boca de decir que eran proclamas para asustar á los moros.

Para asustar á los moros y para asustar á los cristianos, general. Pero, en fin, los moros, (nosotros, ni así) ya pueden dormir tranquilos, á no ser que esa historia de la difusión de nues-

tra Prensa en el Rif no fuese una invención para jeringar á los periodistas. Ya saben que todas esas amenazas *estar* literatura bélica.

Como resumen de lo que la tragedia marroquí ha venido á ser para algunos periódicos, basta decir que apareció haciéndose en las esquinas un cartel en el que se leía tres o cuatro veces ¡¡MADRE!! ¡¡MADRE!! con las letras más llamativas. Y para lo que se reclamaba la atención de las madres con tanto estrépito y urgencia, era para que leyesen una revista, en que un «valiente escritor» explicaba las causas y consecuencias de nuestra política en Marruecos.

Las madres a quienes así se llamaba, eran, claro está, las que han perdido un hijo en Africa ó están en riesgo de perderlo. Un «valiente escritor» y una avisada empresa, las vieron de luto ó sobresaltadas por los más angustiosos pesares, y se dijeron: «aquí hay negocio.»

Ver en una mujer que llora por su hijo una suscriptora, es sencillamente bárbaro. Tengo, sin embargo, la esperanza de que las madres no se enteren de estas cosas periodísticas, ó como se llamen. Sería espantoso que advirtieran, cuando su dolor y su sacrificio merecen el homenaje del más respetuoso silencio, pregones de mercado alrededor.

Don Melquiades ha repetido en unos discursos que pronunció recientemente en Asturias, que no existe en España el problema religioso.

Así como un jefe de *claque* puede reventar una obra con un aplauso inoportuno, un corifeo de la monarquía y del jesuitismo puede desatar una irreverente carcajada con una alabanza á destiempo.

Y resulta que don Melquiades ha elegido para su atinada observación el momento en que acaba de venir unos tapices la catedral de Lérida, acaba de ahorcarse un muchacho en Santa Rita, acaba de anularse la poca autonomía universitaria que se había concedido, acaba de saberse que han puesto en la iglesia de Nador un Santiago matando moros, acaba de atentar un obispo contra el derecho de una profesora...

¿A qué seguir? Estos defensores demasiado vehementes y cumplidores con exceso de las obligaciones contradas, son capaces de echar á perder los negocios más redondos.

Supongo que de la huelga de Correos habrán sacado los funcionarios una enseñanza. Esta:

En España será posible ganar una huelga cuando se combata con una empresa ó con un grupo de patronos; cuando el perjudicado sea esa masa informe que se llama público, no es posible.

Aquí los gobiernos pueden reirse de las huelgas en los servicios públicos

que en otros sitios son las más comprometidas. El pueblo, el buen pueblo, acostumbrado á tolerar del poder público todos los abusos y todas las informalidades, se calla siempre. Si no puede escribir, no escribe; si no puede ir en tren, no va; si no tiene luz en las calles, tropieza y se aguanta.

Como las huelgas de los servicios públicos no cuentan para su apoyo más que con la presión que el país haga sobre el Estado, y aquí esa presión es ilusoria, son huelgas perdidas. Y además los gobernantes se dan el gusto de decir que el país está con ellos.

De esta clase de huelgas (y á la prueba me remito) veo como único resultado un público que se fastidia, unos huelguistas que se rinden y un ministro que se pavonea.

A los cristianos

¿Queréis explicarnos la obra de Cristo? Se dice hijo de Dios, y no nombra nunca á Jehová, su padre. Encuentra lleno de esclavos el mundo, y nada dice contra la esclavitud. Ve á su patria en poder de los romanos, y no protesta. Le preguntan compatriotas suyos si deben pagar tributos al conquistador, y asiente á que se los paguen. Dad, les dijo, á César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Sancionó la servidumbre y la conquista, y se dió un padre sin nombre, á pesar de haber asegurado que venía, no á destruir la antigua ley, sino á cumplirla.

La conquista la había ya sancionado Jehová, que llevó á su pueblo desde la tierra de Egipto á la de promisión dando batallas, incendiando ciudades y mandando reyes. La esclavitud la había en Israel desde remotos siglos. De una de sus esclavas tuvo Abraham á Ismael, su primer hijo. Lo nuevo era guardar acerca de Jehová el más absoluto silencio. ¿De qué haría?

Jehová había dicho repetidas veces: no hay más Dios que yo; yo soy el Dios de los dioses y el Señor de los señores; yo soy el que soy; levantaré un día entre los israelitas un profeta como Moisés, no un Dios. No se hacía así posible que Cristo se llamara hijo de Jehová: Hubo de llamarse, como se llamó, hijo de un padre sin nombre que estaba en los cielos.

Ese Dios Padre le convirtió Cristo en la antítesis de Jehová. Jehová era un Dios iracundo que castigaba los pecados de los padres en los tataranietos, ceñía espada, se mostraba implacable con los que no le rendían culto, y llegó á parar el sol y la luna para que Josué acabara con sus enemigos; y el Dios padre de Cristo era todo misericordia y paz, por lo menos en la tierra.

Preguntamos ahora nosotros: así las cosas, ¿por qué han de observar los cristianos el antiguo testamento aun en aquello que derogó especialmente Cristo? Cristo dijo: no juréis y los cristianos no sólo juran, sino que también exigen en todo acto solemne el juramento. Cristo dijo: no oréis sino en secreto, y los cristianos se complacen en hacer públicamente gala de sus actos religiosos. Cristo dijo: sed breves en vuestras oraciones, y los cristianos repiten centenares de veces unas mismas oraciones, unas mismas jaculatorias y unos mis-

mos preceptos. Cristo dijo: amaos los unos á los otros, y arde la discordia lo mismo en el seno de las familias que el de las naciones y en el de todo nuestro linaje. Cristo dijo: no atesoréis en la tierra, porque tendréis el corazón donde el tesoro, y los que por más cristianos se tienen están poseedores de una codicia que no les permite ver la iniquidad con que explotan el sudor del pobre. Cristo habla de un reinado de Dios que nos libre del afán del día de mañana, y cristiano al gano se preocupa con lo que esto significa.

En una campana de Andalucía vimos escritas en bellos caracteres góticos estas palabras: *Deus vincit, Deus regnat, Deus imperat.* ¿Se nos querrá decir dónde reina ó impera Cristo?

F. PÍ Y MARGALL

Por pasar el rato

Leo que el Papa ha enviado una carta apostólica al cardenal Basleti referente á la educación del clero.

He sentido el mismo estupor que si me hubieran dicho: «Acaba de sacarse una fotografía de la serpiente de mar» ó «han sido presos varios concejales.»

¿Acaso la educación del clero es algo real, de innegable existencia, que puede ser materia de una caria igual que un pedido de conservas, un sablazo de cinco duros ó el encargo de un corsé-faja?

¿La educación del clero? ¡Pues apenas he luchado en EL MOTIN porque adquiriese una medio regularcilla! ¡Y nada!

Es posible que la noticia se refiera á la educación técnica, á las cosas del oficio, en cuyo caso nada digo, aunque me da el corazón que ni de la una ni de la otra se proveerán los curas.

De cualquier manera, salud para verlo, que es lo mismo que decir que hay vida para rato.

Y termino parodiando en esta forma una conocida copla andaluza:

¿Un cura con buenos modos
y un fraile con buenos fines?
Pídeselo á Santa Rita
abogada de imposibles.

El tercer deseo

«¡Ah! Si en vuestro pabellón nacional, inclinado bajo el peso de tantas grandezas, grabásteis la imagen del Corazón Divino, ¡qué bendiciones provocarais sobre vuestra patria!»

(Conferencias del P. Mateo).

A pesar del gran impulso y del machaqueo incessante de los jesuitas, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús no marcha en España con la intensidad que desean sus propagadores. Y eso que les secundan diversas órdenes religiosas que, inconsistentemente, hacen el caldo gordo á la Compañía de Jesús.

La devoción al Corazón de Jesús es de origen francés; fué recibida en la Iglesia con mucho recelo y hostilidad por los pre-

lados y sacerdotes serios; á sus adeptos se les llamaba *cordicolas* con cierto desdén, y pasó mucho tiempo hasta que la Santa Sede sancionó las visiones y relatos de Margarita de Alacoque.

Esta monja, según sus cartas y confidencias, hablaba con el corazón de Jesús. (¡un corazón que habla!) como podemos hablar nosotros con un amigo íntimo ó con un padre querido. En los coloquios de Cristo con la monja, éste le habla de su deseo ardiente de entronizar en el mundo el reino de su corazón; Margarita le ayuda, le segunda y nos exhibe el admirable y extraño espectáculo de ver á todo el mundo inquieto, entristecido porque el Universo no se postra de hinojos ante una de sus vísceras, aunque esta sea tan noble y principal como el corazón, y una pobre y fanática mujer convertida en brazo operador de la majestad divina.

Todo es admirable en el cuerpo de Cristo, y la misma razón hay para venerar su corazón, como sus palm nes, como sus pies. Porque aunque en Cristo haya una sola persona, hay dos naturalezas, y al unirse la humana á la divina todo resulta adorable, sea la parte que sea.

Esto es ortodoxo, católico y en consonancia con la Teología, y nadie se podría escandalizar si mañana un fraile ó una monja de esos que se comunican directamente con Dios propusiera la adoración de los riñones, del estómago ó de las piernas de Cristo ó de sus manos. Retamos á que ningún teólogo nos desmienta esta doctrina.

Pero vamos á lo principal. Para que se cumpla el proyecto del reinado social del Corazón de Jesús, se han de cumplir los tres deseos que manifestó á la monja Margarita:

Primero. Que se construya un edificio donde se venera la imagen del divino Corazón.

Segundo. Que en este templo quiere recibir los homenajes del rey y de toda la corte.

Tercero. Que quiere estar pintado en el pendón ó bandera y grabado en las armas ó escudo del rey.

Esto quieren los *cordicolas* que se haga en España. Como templo nacional, el que levantan los salesianos en la cumbre del Tibidabo; como consagración del rey y de la nación, el acto realizado en la inauguración del monumento en el Cerro de los Angeles. Falta por realizar el tercer deseo, que es grabar en el escudo de la nación y en su bandera la imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

Este tercer deseo de Dios va á ser muy difícil de realizar, porque el rey no puede variar ni alterar el escudo y la bandera nacionales añadiéndole lo que á él le plazca. El escudo de la nación está cimentado en la autoridad heráldica de varios siglos, y lo mismo sucede con la bandera. Para cambiarlo sería preciso el consentimiento de toda la nación, con ratificación de las Cámaras; en fin, to lo un plebiscito nacional, en el cual el parecer del rey sería el factor menos importante. Lo más que se podrá conseguir, y eso á espaldas de la ley del Estado, sería añadir á la bandera nacional ó al pendón real alguna de aquellas corbatas *corazonadas* que tanto prodigó el P. Revilla en los banderines del tercio.

Además, Dios no puede tener *deseos* de nada, porque en Dios el pensamiento y la voluntad son actos forzados. El hombre puede *desear* una cosa, porque es impotente para realizarla y limitado y finito

su poder. Pero Dios, como lo puede todo, no puede *desear* nada; el ser y el querer es todo á un tiempo en Él.

Pero vaya usted con teologías á devotos cerebros, que no ven más allá de sus narices. Por nuestra parte no tenemos inconveniente en que el Sagrado Corazón flamee en nuestra bandera y brille en nuestro escudo. Quizás así se ablande Abi-el Krim y nos devuelva los prisioneros.

FRAY GERUNDO

EDIFICANTE

Un hombre honrado trató de sacar una niña de doce á trece años de la casa de Beneficencia de Teruel, y le dijeron que de esa edad no las permitían salir, porque, dada la escasez de monjas que se presentaban en los conventos, á estas muchachas las preparaban con un oficio ú otro, para que esos santos lugares no llegaran á verse un día sin criadas.

Es decir, que la Beneficencia de Teruel favorece y mantiene la esclavitud forzosa, y además de explotar á las infelices que caen en sus garras.

Verdad es que esto ocurre en todas las partes donde las gentes de Iglesia meten el cuevo; á pretexto de salvar las almas descoyuntan los cuerpos y los anulan la voluntad.

Cada vez que oigo las palabras caridad oficial y beneficencia ídem, pierdo en las torturas que sufren aquellos que se ven obligados á acogerse á sus maleficios.

Desgraciados y dichosos

Entre los primeros no existe otro más digno de lástima que el diablo, así como entre los segundos los más favorecidos son los curas y los frailes. Veamos.

Llamadle á cualquier cristiano *pobre hombre*, y de seguro os contestará: ¿Yo pobre hombre? Más pobre es el diablo. —Y tiene razón. Pues preguntad á otro: ¿Quién es ese?, y con frecuencia oíréis esta respuesta. Un pobre diablo. Lo cual quiere decir, en buen romance, que este señor, á pesar de su fama respetable, no pasa de ser un *quidam*, que ni pincha ni corta.

Por los últimos partes del Infierno sabemos que allí anda la vida muy cara y que es imposible vivir; y como Luzbel, por más diabluras que hace en este mundo no saca lo bastante para cubrir su presupuesto, se propone subastar el rabo, que es lo único de algún valor que le queda; por que en cuanto á los cuernos, las uñas y los dientes, se le han estropeado á fuerza de enganchar, trinchar y morir papas, obispos, clérigos, frailes, morjas, beatos y beatas; mas si no acuden á pujar algunas de éstas fías y ricas, se presume que la subasta quedará desierta y Satanás concluirá por suicidarse.

Convenido en que Sitanás en sus dominios es un rey en extremo desgraciado, veamos si por acá le trata con más mimo la fortuna. Vamos á referirnos en primer término á cualquiera mujer, con tal que sea joven, guapa, monja, ó devota por lo menos, y amiga, privada ó pública, de al-

gún sacerdote, circunstancias indispensables para que los hechos de que vamos á hablar se realicen. Supongamos que esta señorita sufre una noche la distracción de entregarse al sueño dejando sin guarnecer con cruces algún punto importante de su cuerpo, la boca por ejemplo.

El demonio, que la acecha envidioso del cura, llega calladito y, ¡zas!, por allí se le mete acompañado de varios diablillos. Y ya tenemos á la beata iluminada que se levanta al día siguiente blasfemando del Dios que la crió y de todas las vírgenes, ángeles, santas y santos de la Corte celestial.

Cuando la voz de tan natural acontecimiento, y al enterarse el pueblo de que tiene el don de adivinar, acude presuroso á consultar con la energúmena sus curas, y ella, entre risas y llantos, saltos y locuras, responde bien ó disparatadamente á las preguntas que le hacen, según el humor que los diablos tienen. Y como es de cajón, van también varios frailes y sacerdotes á exorcizar á la paciente, guiados por su celo religioso. Pero los diablos ¡tal como si tal cos; no salen ni por esas del cuerpo de la muchacha.

Vista la poca gracia de los diestros, se llama al padre maestro amigo de la interesada, quien, más orgulloso que un torero al presentarse en plaza, practica con acento más enérgico y ademanes más imperativos parecidos trabajos. Los demonios siguen en sus trece, lo cual obliga al sacerdote á encerrarse á solas con ellos y la eadibla, repitiendo la encerrona muchos días. Examinos decir que los circunstantes esperan en una pieza inmovilizada el resultado de cada operación, sentados y con el gorro puesto.

Por fin, cuando el buen padre cree que la cosa se encuentra ya madura, manda que públicamente lleven el templo á la interesada; la coloca frente al altar mayor, dice una solemne misa para tomar alientos, y en medio de las blasfemias, chillidos y contorsiones grotescas de la poseída, da comienzo al gran conjuro.

—¡Bastia infernal! —exclama menudeando hisopos—; ¡hijo de las injurias; huye de ese cuerpo cristiano que me pertenece y déjalo puro y limpio como estaba!

Pero el diablo se ríe de la ocurrencia, y con voz de tiple contesta:

—¡Quitate de ahí, fco, mamarracho, embustero, cuco...! ¡Ben sabes que es imposible!...

Entonces el padre, enfurecido, cogió á Dios por el mango, es decir, á Cristo por los pies y grita:

—¡Ea, fuera de ahí pronto, que el Señor te lo manda, bribonzol...! ¡Porque si no!...

El espíritu malo no puede ya resistir á la actitud agresiva del cura, y haciendo pucheros, medio llorando abandona por fin el cuerpo de la joven por la puerta trasera.

El pueblo se queda con tambeña boca abierta, la fama de santidad del padre arrecia, sus visitas á la exdemoniada continúan, las misas van y el dinero viene, los ciegos hacen su negocio vendiendo por las calles el milagro, y hasta otro.

Mas no son esas solas las desdichas del diablo. Entre otras, sucede con frecuencia que á una próxima le da por mirarse claudesimamente con un prójimo. Bienos; pues la gente dice que se la llevó el diablo ó que la tentó el diablo, cuando quien se la lleva y quien la tienta es un cristiano, ó un moro. El diablo —dicen otros— hizo aquí castamiento. —Y a qué tienen ustedes á todo un rey ejerciendo el poco afe-

como empleo de cassentero gratis, sin conocer siquiera á los contrayentes, que le han pagado el cura los buenos oficios de su mal correspondido protector.—Fulano es de la piel del diablo.—Y con la mayor facilidad le deja este otro al diablo sin pellejo, como conejo desollado.—[Que cargue el diablo contigo!—Aquí en un periquete convierten á S. M. en moro de cuerda.—Aquel le tira de la cola al diablo—se oye á cada instante; y ya tenemos al gran genio cegido y tuerto, á disposición de cualquier totarite, resultador de demás un tanto, puesto que con tal facilidad deja que jueguen con lo que de más respetable tiene. Quién hay que dice un y formal.—Fulano sabe más que el diablo. De manera que éste lo considera sabio y listo. ¿En qué quedamos? Aquel otro añade:—Sí, sí; detrás de la cruz el diablo.—Y aquí verán ustedes como no queda un condecorado caballero de alto ni de bajo vuelo que no lleve al diablo metido en el corazón. Además, como detrás de la cruz van solo los cristianos, resulta que entre ellos se encuentra necesariamente el diablo; como si dijéramos, entre los suyos. ¿Y detrás de los escapularios que llevan los curas, frailes, monjes, eremitas y beatos entre camisa y cuero, ó entre sayo y camisa, quién hay? ¡Pues el diablo! Y á todo esto, sin que el interesado pueda defenderse de tanta calumnia, tanta contradicción y tanto insulto!

De todo lo dicho se deduce: Que el diablo, á pesar de ser el decaro de los reyes, es humilde, débil, calumniado, pectre, explotado, y encima maldecido, desde los cuernos hasta el rabo. Y que los curas, robitante su humildad jurada, son soberbios, potentes, alabados, ricos, explotadores, y por contra bendecidos desde el bonete hasta el zapato.

¿Quiéren ustedes aún más grande desgracia para el uno ni fortuna mayor para los otros?

U. G.

Uno de tantos

Pasaba don Fermín por ser el modelo sin tacha de los hombres de orden, de los nobles varones, de los abnegados filántropos y de los virtuosos padres de familia.

Con tan indiscutibles títulos ejercía la más implacable censura sobre los vicios y debilidades ajenas, y el organismo social le contaba entre sus más ardientes y sólidos mantenedores.

Su vida era pródiga, pero sin relumbrones, desarrollada en ese regalado lujo de la comodidad que no excluye la rigidez de la virtud ni la majestad de la justicia.

Era un santo... millonario, probando que la gracia divina podía hacer excepción en los sagrados textos y permitir, si no que un camello pase por el ojo de una aguja, al menos que un rico se asegure la entrada en el reino de los cielos por el voto de sus conciudadanos.

Así lo conagraba la opinión unánime, basada en todos los actos del digno varón desde que habían empezado á merecer la atención de las gentes. Y su personalidad, tan laudable, convertida en fantasma del bien, amedrentaba á las conciencias turbadas, lo mismo en los abusos públicos que en las faltas privadas.

—«Don Fermín no transigiría con esto!»

—«¿Qué diría don Fermín si lo supiera?»

Eran frases repetidas á diario en oficinas y hogares, ó chocadas mil veces en el recordito sero del pensamiento. Y don Fermín era, realmente, austero, intransigente, incorruptible, en cuanto á la moral y al orden concernían.

No hubo preocupación social que no respetase, ni ley que no deferidiese, ni autoridad que no reverenciese. En la iglesia, era humilde; en la asamblea, un Cator; en la calle, un Mecenas.

Pero llegó la hora de su muerte, y el obispo entró solemnemente en su alcoba creyendo confesar á un santo.

La farsa de su ordenada vida había concluido por engañarle á él mismo como á los demás, y se hallaba en aquella hora de debilidad suprema asustado por la realidad de su existencia.

Don Fermín, cobarde y tembloroso, hizo, pues, una confesión sincera, y derribó de un golpe el telón de su social comedia. Ante el confesor apareció el verdadero don Fermín, y se quitó la máscara.

Había sido siempre excéptico, egotista, ivertuoso; pero llegado á la futura, ¿qué podía ser sino hombre para disfrutar tranquilamente el fruto de sus afanes y trabajos?

Predicaba la libertad, y en su juventud fué negro; exaltaba el respeto á la propiedad y á la ley, y había sido pirata; defendía la moral, la selección de la sangre y el amor á la familia, se desposaba con sus egresos para dar más valor, con el crío mestizo, á las de valor escaso.

El obispo absolvió al monstro, porque recatada tan tremendas culpas con proporciones dadas para la Santa Iglesia; pero salió haciéndole cruces, más que nunca maravillado de aquella excelsa facultad que existía en sus manos para hacer con una bendición un nuevo santo de tan grandísimo demonio.

He aquí como no se equivocó el sufrimiento social: don Fermín murió satisfecho, y toda la modesta piratería de la tierra ya tiene un glorioso colega á quien encomendarse en el cielo.

J. LÓPEZ DE GOMARA

Habla la Historia

La sangre derramada por los fanáticos no tiene medida. ¡Qué río tan ancho y profundo se formaría, si de una vez pudieran verla correr total!

Los albigenses, destruidos; los templarios, quemados y borrados del haz de la tierra; los hugonotes, asesinados en una noche por millares; y la Inquisición aterrando al mundo con sus calabozos, sus instrumentos de suplicio y sus hogueras, que no dejaron de arder en doscientos años.

Los moros al desierto; los judíos al mar; los cristianos mismos, los mejores cristianos, sabios, descubridores, santos verdaderos, al tormento. Esta es la masedumbre, esta la misericordia de los que nos condenan por malos al infierno.

Veinte mil familias, esto es, cien mil personas, por lo menos, le debieron la proscripción á Bossuet, clérigo sabio, elocuente y amigo de las virtudes. Hombre puro, pero fanático por convicción, no se detenía ni ante la crueldad, ni ante la barbarie. ¡Proposición implacable desde su obispado de Meaux, y exhorta al Pontífice romano á hacer ejemplar castigo en el cardinal temerario que había puesto en duda el infierno de los recién nacidos; ese in-

fierro peor que el de los viejos, oscuro y frío, donde las almas de los infantes no bautizados están yendo y viniendo en un mar de frías tinieblas.

Y por todas partes donde la Iglesia imperaba, *pastorales* contra los buenos ciudadanos, *pastorales* contra los que estudian y enseñan, *pastorales* contra los campeones de la libertad en todo tiempo, *pastorales* contra los patriotas que trabajan por el bien común, *pastorales* contra los escritores que defienden los derechos de ese mismo pueblo de quien ella se sirve para intimidar, aterrar, herir á los hombres sensatos y propagar la máxima de: *¡Muera el que piensa! ¡Muera el que habla!*

Esto nos dice la Historia.

J. M.

El sacristán de una de las iglesias de Roma enseñábase á un extranjero caceroso, mostrándole como recuerdos de los primeros tiempos del cristianismo todos los cachibaches de la casa. A cada nueva *reliquia* que le enseñaba el *sacris*, dejábase caer el creyente con una regular propina.

Ya no le quedaba al guardián del templo ningún chisme que explotar. De la toalla con que los curas se enjugaban, había dicho que era la mismísima con que se secó Pilatos; de la caña del apagador que era la auténtica con que á Cristo le ofrecieron la esponja empapada en hiel, y así sucesivamente. Por fin halló en un rincón un frasco tiznado y lleno de mugre interior y exteriormente.

—He aquí otra reliquia—dijo al extranjero.

—Y eso ¿que es?

—Pues aquí se conservan las tinieblas que se espaciaron por Jerusalén al morir el Redentor.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Martín Granado, Málaga. 9 pesetas
Tomás Castañó, L. ra del Río, 50; Santos Aparicio, Madrid, 5.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Estepa.—F. Alvarez. Aborada su suscripción á fin Diciembre 1922.

Luchmayor.—Bernardo Salvá. Recibido su Giro de 11 70 pesetas. Cor forme.

Rota.—M. Petho. Id. de 25 á cuenta.

Zafra.—José Gordillo. Id. de 8. Conforme.

Benicalap.—Centro Republicano. Idem de 5. Gracias.

Montblanch.—Antonio Civit. Id. de 24. Conforme.

Cheste.—Leoncio Guillén. Id. de 20. Conf rme.

Santa Cruz de la Palma.—Francisco S. Casasas. Id. de 100 á cuenta.

Cien sonetos

POR

JOSE NAKENS

Precio: UNA peseta.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid.